Descansador

A. J. Bozinsky


A. J. Bozinsky

Contenido

1

Mi vecino el señor Chalvet había muerto. Tendría setenta años, vestía formal, y siempre llevaba patillas bien recortadas. No podía dejar de pensar en su nuca castrense, los lentes transparentísimos mirando al cielo y sus ojos por encima del hombro. Se asperjaba caros perfumes y cuidaba su automóvil, si cabe, más que a su propia estampa. La esposa le había precedido en dos años. De ella recordaba su vestido azul con florecillas rojas y blancas un poco gastado, y las sandalias que dejaban ver uñas aguzadas como el pico de un pájaro. Sus hijos mofletudos, con camisas queriendo salir de los pantalones, eran dos reconocidos profesionales que, a esa hora, estarían pensando en arrancarse los ojos.

Lamentaba que ya no vería más el Impala del 70, de un gris azulado con destellos de metal, estacionado durante la mañana con

su larga cola asomando por mi ventana.

Así como para el señor Chalvet había concluido, sentía que para mí comenzaba una nueva vida. En su memoria, puse en el tocadiscos la marcha fúnebre de Chopin, y acostado sobre el mullido sofá, participé a mi laxo modo de sus exequias.

…………

Tuve que aumentar el volumen, pero fue en vano. En la ciudad prevalecía un tamborileo pertinaz. Los aficionados se preparaban con anticipación para el carnaval y Händel, que con su alegría e inocencia se había encargado de la música después del funeral, sucumbió sin chances ante los nativos. El europeo de blanca peluca y ropajes almidonados, fue cubierto de barro y giraba cociéndose en la hoguera, mientras los impulsos rítmicos desencadenaban apetitos básicos, antropofágicos. Desde octubre hasta febrero, el reinado de Momo iría creciendo para volver a triunfar.

…………

Una vez enterrados los muertos, junto a unas copas de ginebra, me dediqué a escuchas más fáciles, meditando banalidades, como en lo esquivo del arte sonoro a mis manos y oídos. ¿Por qué había nacido con miembros y órganos tan torpes? ¿Por qué la realidad nunca se correspondía con los mayores deseos? Para hacer música, se ha de nacer músico, y se han de realizar estudios y esfuerzos continuos, con orgullo, ambición, y buena disposición para el sacrificio. Sin suerte y fiel amigo del *dolce far niente*, poco se podía esperar de mí. Hacía dos décadas, nada había perdido el último tren que pasó dejándome parado en el andén de los displicentes. En mi estampita milagrosa, el cuervo del cansancio y la pereza, había hecho nido en la ensortijada cabellera de San Expedito.

Hacía mucho que no tenía tiempo para pensar. Dueño de una energía insospechada, me entregué a disquisiciones del cariz de las anteriores alternadas con la botella, hasta que hubo callado el último tambor.

Creo que bebí demasiado.

2

Cuatro sillas de hierro con sus almohadones de rayas blancas y rojas, rodeaban la mesa con tablero de vidrio. Dispuestas bajo el centro del alero, cada posición me permitía observar los diferentes ángulos del fondo de mi casa. Naturalmente, prefería cargar la pipa, apoyar sobre la mesa botella y copa de licor, y sin dejar faltar un libro, elegir la que me ofrecía amplia vista al jardín.

El hierro, contrastando con los almohadones, lograban firmeza y comodidad; el humo del tabaco, ora retenido brevemente, ora expulsado a chorros o soltado a intervalos por la nariz, se dulcificaba con el licor de hierbas; la mirada vagaba por las veredas de baldosas agrietadas, por los canteros de hortalizas o plantas ornamentales, o los muros cubiertos de enredaderas sombreadas por árboles de mediano porte.

En la esquina derecha, casi en el rincón que limitaba mi propiedad con la del vecino, cobijado bajo un manto de ramas florecidas, asomaba uno de mis enanos de cemento. Sus piernitas separadas calzaban botas

negras; al pantalón le faltaba poco para unirse con la barba espesa y larga, que el fabricante pintó con el mismo tono jazmín; la casaca todavía roja con un cintillo pintado del color de las botas, tenía mangas que cubrían los fornidos brazos hasta los puños —uno pegado al cuerpo, el otro flexionado sosteniendo una maceta verde con flores silvestres—; el jocoso bonete amarillo resaltaba un alegre rostro de risa ancha, con dientes dibujados en una sola franja blanca, que abultaba pómulos y enarcaba cejas de simetría descuidada; los ojos estrábicos habían sobrevivido mejor que las orejas y peor que la nariz infantil. Con su altura de tres cabezas, este hombrecillo que aparentaba trabajar pero que nunca hacía nada, despertaba mi simpatía. Debí tratarlo mejor.

....

Mi fiel pipa, y el licor develando acentos de ajeno, menta, salvia y poleo, me acompañaron hasta el atardecer.

Cuando el antiguo volumen I de “Historia Universal del Arte” pesó en mis manos, y las fotografías

correspondientes a fetiches de África y Oceanía, pese a los siglos de distancia descubrieron chistosos rostros de gente conocida, tuve una certeza: Jamás podría abordar el conocimiento en forma de estudio sistematizado. La dificultad radicaba en mi carencia de energía, constancia, compostura e inteligencia apropiada. ¿Cómo podría acercarme a los elevados espíritus que han moldeado el progreso humano, si en sus enseñanzas sólo veía chascarrillos? ¿Cómo podría entender cabalmente conceptos profundos, si mi seriedad no era superior a las caricaturas del periódico? ¿Cómo podría comprender lo abstracto, si entre bostezos mi atención se extraviaba como las ramificaciones de una telenovela?

Volví a la contemplación de mi enano de jardín. Esta vez, a modo de juego, puse ruido imaginario a mi guardián en los confines del cantero lateral. Dejé que la realidad se ablandara, hasta que el bracito que sostenía la maceta sobre el hombro, bajó y subió persiguiendo una única nota hipnótica, un tam-tam que al escucharlo siempre igual, iba adquiriendo infinidad de matices…

Hasta que la trama inmutable de la realidad se fue estirando, abarcando y confundiendo lo imposible de mezclar. Entonces, cuando la noche consumía los últimos restos de claridad en mis ideas, descendió del cielo crepuscular la escala de un instrumento chirriante, con rayos que partían la atmósfera húmeda. Como fuego de Prometeo, algo le otorgó lenguaje a mi enano. Mientras mis ojos se cerraban, los suyos se movían, sus piernitas danzaban, y hablaba cosas que yo no entendía.

....

Por la mañana, ¡tres enanos se habían reunido!

Al lugar donde la noche anterior mi imaginación dio vida al lítico elfo, habían acudido otros dos de su especie. Por ignoto procedimiento, el que se hallaba al comienzo del cantero de la izquierda, el de bonete y pantalón rojos, casaca verde y botas puntiagudas, enorme boca y ojos locos que miraban hacia arriba, abultada barba blanca teñida por humos grises, que otrora empuñara una carretilla y ahora sólo cuencos

vacíos en ambas manos pegadas a las rodillas, se había trasladado para visitar a su amigo. Peor aún, el tercero, el abandonado y olvidado en algún sitio del galpón, que más que enano de jardín era un trasgo incoloro, picado por la intemperie, tuerto, sin nariz, con barba como un tumor en el pecho, sin carretilla ni puños vacíos sino muñones, tan pobre que hasta descalzo había concurrido, parecía susurrarle al primero algo al oído.

¿Tres duendes de cemento se reúnen en un jardín? ¿Danza y pestañea y habla uno, caminan o vuelan los otros? ¿Intercambian miradas, gestos y susurros?

Tenía que haber una explicación lógica.

3

Había estado mirando cómo dos candidatos presidenciales debatían ante las cámaras de televisión, aparentemente, sobre un tema del cual no admitían consenso. El más joven se había desprendido el botón superior del saco, y se pasaba la mano echando atrás los cabellos que le caían sobre la frente transpirada, mientras su oponente sonreía con un gesto que enmascaraba y contenía la creciente rabia.

La imagen se cortó por unos segundos, y volvió a aparecer. Mi viejo televisor, que sólo ofrecía una gama de colores entre el blanco y el negro, estaría fallando, o bien, el problema vendría de la antena, porque desde que lo había encendido hacía una hora, no dejaba de incomodarme.

La confrontación iba adquiriendo una causticidad que al conductor le costaba dominar, y se aproximaba al límite en que la caballerosidad se arremanga la camisa y procede a dar golpes de puño. Dos cortes chirriantes y una

franja que serpenteaba enloquecida, detuvieron el combate.

Dejé el sofá quejándose con un crujido, y, casi tan contrariado como los antagonistas políticos, moví el dial, cambié el selector de canales, y le di unas palmadas a la carcasa de madera, como si con esos rudimentarios recursos técnicos pudiera resolver la situación.

Nada. El televisor obraba según su antojadizo parecer, o, contagiándose del mal ánimo de quienes despotricaban en su pantalla, se había volcado en contra de mí.

....

Más calmo, pasado el efecto de la primera impresión, fui a la escena del singular fenómeno para investigar el caso con mayor detenimiento.

El simpático hombrecillo a quien sus semejantes habían ido a visitar, nunca se movió un ápice más allá de mi licorosa imaginación; conservaba su maceta al hombro, la amplia sonrisa y contenida voluntad de trabajar, la misma mirada estrábica y vigilante. Muy distinta era la situación del que estaba

frente al primero, pues si se miraba con atención en el borde delantero de la base sobre la cual se sostenía y en las partes salientes de su cuerpecito, podían verse unas cuantas mellas. Además, desde su posición final hasta el punto de partida, se notaba una senda difusa que indicaba que había llegado arrastrándose, alternando paradas con caídas. El más feo, el de aspecto enfermo y corrupto, que milagrosamente había resucitado de entre los artefactos del galpón, ciertamente no podía haber llegado volando, y las hierbas aplastadas hasta la vereda que conducía a su anterior morada, sugerían que fuera hasta allí.

El galpón no tenía ventanas, pero sí una entrada libre que permitía el ingreso de trastos de cualquier tamaño, de forma que hasta un ropero podría haber sido introducido de frente. Con espacio para albergar una numerosa familia, de a poco iba amontonando enseres inútiles que por motivos inciertos me negaba a tirar a la basura. Como nunca había prestado especial cuidado en la higiene del antro que mezclaba todos los olores posibles de las cosas abandonadas, había ido

juntando un polvo decano que en espesa capa cubría como un manto apolillado. Fue este descuido general el que puso en evidencia, como huellas dactilares adheridas a un liso cristal, las marcas sobre el suelo que recorrían cada rincón del recinto, pertenecientes a pies más pequeños que los de un hombre, pero mucho más grandes que los de un enano de jardín.

Rascándome la barba, giré sobre mis zapatos cuyas impresiones habían escrito encima del enigma y, al alzar la mirada, en la esquina superior de mi campo visual, donde en ese momento un frondoso limonero ocultaba la torre donde se montaba la antena, una sombra fugaz desapareció con ruido de chapas en el techo.

....

Me recordaban a dos renombrados proyectos de hombres de Estado que, transcurridos algunos meses después de haberse faenado con el filo de sus lenguas, lucieron para las fotos con ánimo sonriente, cordiales, las manos estrechadas en señal de genuina amistad. Consultados sobre la

rispidez del pasado, coincidieron en que sus batallas sólo se habían dado en el campo de las ideas, colindante con el del respeto mutuo.

A ratos, una persistente lluvia de puntos negros, grises y blancos, salpicaba a los pugilistas de la retórica; o una serpiente transparente reptaba sobre sus figuras produciéndoles contoneos ascendentes y descendentes, inoculándoles género reptilicio; o sus impostadas voces, entrenadas en la elección del mejor vocablo, chisporroteaban en el parlante lateral del artefacto, cuyas válvulas electrónicas habían enfrentado estoicamente los continuos avances tecnológicos.

Se iban perfilando las elecciones nacionales y, con ellas, crecía el frenesí abarcando las tandas comerciales. Como en todos los órdenes de la vida humana, los acaudalados poseen más boletos, pero hasta los cojos inscriptos en la brutal carrera también reúnen sus fondos por centavos, y compran aunque sea una chance para las ligas inferiores. En el magistral deporte de la más absurda charlatanería, hasta el más tonto sabe que quien gane, tiene que

centrar sus apuestas en los medios de comunicación.

Pasada la propaganda política, colorida y vocinglera, habían vuelto los catequistas del bienestar social con un mensaje de despedida para el capítulo final. Apelaban a las firmes convicciones democráticas de un pueblo sereno e inteligente, soberano, a sabiendas de que tales dichos estarían cerca de la verdad, si no causara rubor el invertirlos en sus conceptos. Esta vez, el tipo de interferencia aprobó la última salva de aplausos en la platea de palma-batientes, con superposición de imágenes-fantasmas donde las enormes diferencias se fusionaban en un solo ser, como una recién nacida quimera.

Fue entonces cuando el ruido inconfundible de pisadas en el techo, hicieron que me levantara del sofá y saliera para tratar de poner fin al misterio.

4

Después de despertar de un sueño profundo y reparador, preparé el desayuno. Consistía en una taza de café instantáneo sin azúcar, acompañado por tres tostadas con dulce de membrillo.

No eran las noticias que zumbaban en mi vieja radio, como un abejorro encerrado en una lata de duraznos; no eran los gorriones descolgándose en barahúndas desde los árboles; ni las primeras cigarras que iniciaban sus mantras agradeciendo el clima excesivamente cálido; antes bien, lo que demoraba mi comida eran las infinitas posibilidades que me ofrecía el bloque de dulce. Leves pulsaciones sobre el platillo que lo contenía, hacían que la luz que entraba por la ventana abierta que daba al jardín, reflejara extrañas líneas sobre su brillante superficie como en un osciloscopio. Inclinando el recipiente de modo que formara un ángulo con la mesa, aprovechaba los efectos de la gravedad sobre el paralelepípedo que se deslizaba lentamente, adhiriéndose por su

viscosidad, resistiendo la caída hasta el último milímetro. Aplicaba cortes en la lisura de los bordes, como si obtuviera rebanadas de una preciada carne, paladeándolos con delectación. Valiéndome de cuchillos de diferentes sierras, admiré los renglones rectos, ondulados, entrecortados, que se trazaban en el rubescente alimento. Cuando intentaba formar letras con una punta roma, sonó el timbre.

....

El timbre era una mala idea que debí corregir. Cuando sonaba, era la piedra que rompe el espejo del estanque inmutable.

Esperé expectante, con la esperanza de que fuera un equívoco, y que pronto el orden se reestableciera. Entonces, recibí un segundo chirrido que doblaba al anterior, introduciéndose en cada habitación, valiéndose de cada caja de resonancia que encontraba en su recorrido para prolongar la tortura.

“¿Quién puede ser?”, me pregunté. No esperaba a nadie. La puerta de doble hoja del zaguán parecía un adusto guardia que, flanqueado por ventanas de celosías

cerradas, confirmaba al intruso: “Aquí no hay nadie.” “¿Tendrá esto correspondencia con los extraños acontecimientos de ayer?”, seguí preguntando. Me veía trepando la escalera de hierro amurada a la pared lateral, atisbando los techos donde se amontonaban hojas caídas durante meses, donde creí ver una sombra escurridiza cuando me hallaba de pesquisas por el galpón. De normal apariencia, la antena con su cable contradecían mis sospechas que relacionaban los pasos sobre las chapas con las aberraciones en las imágenes del televisor. “Debería atender.” La conciencia del individuo social se manifiesta, a pesar de ciertas objeciones internas que exclaman: “¡Esperemos a que se vayan!” Quizá sea un niño que, como yo a su edad, gustaba de molestar en las casas tocando timbre para después salir corriendo.

Dejé mi entretenimiento con el dulce de membrillo, y caminé pausadamente por el pasillo que me separaba de la cocina, que se unía al patio interior donde un rectángulo de sol iluminaba generoso las habitaciones internas.

Un chasquido metálico y su repique, avisaron que la tapa del

buzón había sido abierta. Como no había recipiente que lo contuviera, el objeto debía caer sobre el piso, mas ningún ruido se escuchó. Tal vez, alguien intentaba introducir algo, o era una criatura impertinente que se disponía a jugar con el vaivén del buzón. O habían arrojado algo cuyo peso no era considerable.

A igual ritmo, continué avanzando y tomé por el pasillo que conducía al cancel. Abrí, y seguí hasta la puerta del zaguán, un escalón más abajo.

El presentimiento no dejaba que me asombrase del papel rosado, membretado, con una esquela garrapateada con lapicera:

URGENTE

Pasar por oficina de correos
Asunto de su interés

....

Cuando volvía al living-comedor, una noticia me detuvo. En la jerigonza de bandas medio superpuestas, la voz gangosa del locutor sobresalía dando una alerta meteorológica que incluía

abundantes lluvias y rachas de vientos muy fuertes. Amigo de la prudencia, abandoné mi postergado desayuno torciendo el rumbo hacia la cocina. Allí, en un rincón, guardaba los utensilios para limpiar de hojas los canalones.

Enguantado, muñido de una vieja escoba cuyo manojo de paja parecía la culata de un mosquete, con la bolsa negra de plástico pendiendo del bolsillo trasero, abrí la puerta del fondo.

Un cielo celeste, sin mácula, desmentía al parlanchín de la radio. A sabiendas de que la naturaleza es traicionera y aliada del diablo, decidí continuar con mi propósito. Lo favorable del caso era que, si el pronóstico se cumplía, no tendría que regar las plantas por una semana. El único trabajo que tendría después de llenar la bolsa de basura, sería el de devolver a sus respectivos sitios a los cuatro enanos de jardín…

¡Cuatro enanos! Uno más se había sumado al triángulo, convirtiéndolo en cuadrado. Pero el cuarto integrante no era tan pequeño como los otros, más bien los doblaba. Vestía ropas de tela, gesticulaba, y no sabía qué

expresión tenían sus ojos, porque unas gafas negras cubrían su mirada que, al encontrarse con la mía, hizo que reaccionara extrayendo una pistola atravesada en su cinto y, al apretar el gatillo, exclamó:

—¡Pschak!

5

—Señor, señor… ¿Puedo seguir viniendo a jugar con sus enanos? —dijo después de haberme disparado onomatopéyicamente con su pistola de juguete.

Sentado sobre un tronco que había apartado de la pila de leña sobrante del invierno, con la pierna derecha flexionada sobre la izquierda, daba golpecitos en su rodilla con una rama cual si fuera la fusta de un altivo oficial, estudiando alternativamente su reluciente arma y mis gestos, como si escuchara con atención cada uno de mis pensamientos.

—Oiga —contesté al hombre de entre veinticinco y treinta años, regordete, de baja estatura y con un vientre que lo denunciaba inclinado a la glotonería— ¿Quién es usted?

—Yo soy… —tartamudeaba el hombrecillo de musculosa, pantalón corto y chinelas —. Yo soy el señor T.

Levantó sus gafas y sostuvo mi mirada. Tenía una nariz achatada de orificios desiguales; los gruesos labios entreabiertos, sorbían el aire

demasiado cálido; cuello corto y papada, le hacían más tortuoso el acto de respirar.

—¿Qué está haciendo en mi jardín, con mis enanos?

Se sopló un mechón que le caía por la frente, limpió las gafas con la parte inferior de la musculosa, mirándome por unos instantes con sus ojos desviados antes de volvérselas a poner, restando importancia a mi pregunta.

—Tengo… Tengo una colección de fotos. Y… Y un álbum de figuritas —las palabras se le retiraban unos instantes y volvían al curso de su ronca voz que, una vez superado el escollo, tenía el talante de quien se toma las cosas con familiaridad—. Está completo —hizo un movimiento brusco con la pistola para espantarse una mosca, y luego asintió satisfecho.

—Oiga, ¿de dónde vino usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —la pregunta se valió de sí misma para darle cierto timbre airado a mi voz.

—Por allá —contestó al instante, señalando hacia el galpón —. Y por allá —su índice apuntó a la escalera contra la pared al costado de la casa—. Y por allá —agregó

mirando hacia la puerta del fondo, al interior—. La puerta estaba abierta.

Su repetitiva respuesta, conducía al boquete existente en el galpón, en la pared lindera con el jardín de mis difuntos vecinos, los Chalvet; a la escalera que accedía a los techos, y desde allí a todo el vecindario; y a la puerta de entrada, que en algún descuido habré dejado entornada.

—Óigame bien. Creo que no es buena idea que siga apareciendo por aquí.

El señor T. se incorporó con un saltito de su improvisado asiento, soltó la vara de mando y, como un general vencido, se encaminó hacia el zaguán. Sentí pena.

—Espere —le ordené para que detuviera su tranco paticorto—. Si quiere vuelva, pero antes llame a la puerta.

....

Los dos hombres, que pertenecían al oficialismo y a la oposición, debatían sobre la posibilidad de construir un puente que conectara con el país vecino. El opositor enumeraba con los dedos de ambas manos, todos los

proyectos que en prioridad deberían anteceder al puente, como si hospitales, escuelas, liceos, viviendas para los trabajadores e interminables emprendimientos sociales, fueran a recibir algún aporte. El oficialista, calvo salvo en las sienes, no perdía su aplomo ante los dedos acusadores del bien peinado opositor. Inmutable ante las disparatadas cifras que requería el proyecto, respondía que la recaudación resarciría con creces el esfuerzo de los contribuyentes; refutaba las razones del contrincante atribuyéndole propiedades negativas a su constitución psicológica; contraatacaba, calificándolo de enemigo del vitalismo que requerían los nuevos tiempos.

En la franja inferior de los televisores, los editores suelen sobreimprimir resúmenes de la situación en la que se encuentran los debates, o las frases sustanciales a cargo de los entrevistados, o la gracia y profesión de quien expone su rostro ante cámaras, etc. Poco importaba lo escrito en ese momento, porque las letras se veían borrosas, ilegibles, como lo que se registra en la retina de un miope.

Los cortes de señal, con la inmediata aparición de una pantalla negra con texto codificado que daba anuncio de aquello, evitaban la evaluación concienzuda acerca de construir o no un puente.

…………

El calor se fue haciendo más pegajoso, hasta recibir con alivio el cerco de oscuras nubes que en un abrazo precipitaron la noche.

La tormenta del noticiero, hizo su segundo anuncio con una salva de truenos profundos, largos y quejumbrosos. Algunas ráfagas de viento, como jinetes desenvainando sables contra las copas de los árboles, dejaron claro que los elementos del sur atacarían con bravura. Tras el primer fusilamiento de un dios en los cielos, la lluvia torrencial se abatió sin más miramientos.

Pronto, un olor frío y mojado atravesó los vidrios de colores de la mampara, y se fue asentando en la tibieza del hogar. Desde afuera, entre azotes, llegaba la alegría del musgo y el revuelo de la hojarasca. Se quebraron las ramas débiles y perduraron las fuertes. Nada

quedaba sin ser alumbrado por instantes en la oscuridad, espabilado a cachetadas de aire y baldazos de agua helada.

Hasta los enanos fueron lavados de incógnitas y recobraron su lítica expresión. Sus rostros ya no podrían moverse en los claroscuros de los relámpagos, ni girar levemente sus cuellos para intercambiar feéricos susurros, ni dar cabida a una brizna de otro mundo que no fuera el único existente. El breve misterio al cual le había cedido un pedazo de mi imaginación, dejó al descubierto las intransigentes leyes universales, desconsoladoramente eternas. El señor T., sin proponérselo, había llegado con sus asuntos descabellados, para que yo pudiera poner los pies sobre la tierra desencantada.

6

Esa mañana me encontraba en una de las habitaciones del frente, con la pipa apagada, mirando a través del visillo el continuo circular de peatones hollando las veredas aún mojadas. Andaban distraídos, o sumidos en cavilaciones, o intentando alcanzar las agujas del reloj que les imponían las rutinas del diario vivir. Cuánta diferencia con quien estaba allí parado, viéndolos sin hacer otra cosa que sostener una pipa. Qué gracia que, cada tanto, alguien se detuviera con movimientos arlequinescos, llevándose un chasco al pisar las baldosas flojas, escupiendo maldiciones con las piernas salpicadas.

De pronto y a contramano, un hombre en bicicleta hizo una pirueta estacionándola con una media vuelta de pedal que quedó trancado contra el cordón de la vereda. Portaba una barriga igual de grande que el morral colgando a un costado. Aunque estuviera fresco, vestía remera, pantalón corto y calzado deportivo. Se quitó el gorro con

visera, y con éste el sudor de la frente, ofreciendo una cabeza rapada. El cartero buscó dentro del bolso. Mientras caminaba hacia mi puerta, extrajo un papel, y de entre la oreja y la sien, una lapicera.

Hizo sonar el timbre varias veces ante el silencio, y como no estaba dispuesto a ser vencido, insistió con los nudillos contra la madera. Cuando al fin abrí, un par de ojos celestes en una cara regordeta, me miraron con desconfianza. La voz, que me hacía pensar en un áspero instrumento de viento con sordina, preguntó si el que esgrimía en un papel correspondía a mi nombre.

—Sí —dije.

—Telegrama colacionado, señor. Tiene que firmar —me entregó una planilla y la lapicera.

—Sírvase —le devolví lo mismo con mi garabato sumado.

—Que tenga buen día.

—Igualmente usted —respondí.

Me guardé el papel plegado en un bolsillo, y pensé que lo mejor sería caminar hasta la ferretería más cercana, comprar un interruptor y conectarlo al timbre. De este modo, cuando no tuviera

ganas de ser importunado, desconectaría el maldito timbre y podría descansar en paz.

....

El timbre volvió a sonar, justo cuando estaba viendo el informativo vespertino, disponiéndome a preparar el té. Un porta-aviones visto desde un helicóptero, surcaba magnánimo las revueltas aguas de un mar en las antípodas del planeta. El gorgoteo en la caldera anunció la proximidad de la ebullición. Dejé al comunicador hablando solo frente a su propio monitor, donde estaría leyendo una breve y prolija síntesis que poco aportaría para entender de qué se trataba el nuevo conflicto. Caldera en mano, volví a atender al hombre que, bien peinado, afeitado y maquillado, contaba muy serio que un organismo internacional observaba de cerca la zona donde realizaría maniobras la inmensa nave acompañada por otras dos, igualmente cargadas de muerte. Vertí el agua en la tetera, donde el saquito comenzó a dar vueltas como un pececito desesperado, y, tras darle unos cuantos tirones al piolín, se fue desangrando hasta quedar

hundido. El timbre chirrió largamente esperando una respuesta, como si supiera que me hacía el distraído, o acaso me importara el malicioso cuento que se multiplicaría en todos los hogares donde hubiera un televisor encendido.

—Pareciera que la guerra es inminente —dijo el informativista sosteniéndome la mirada.

—Así que van a matar a unos cuantos inocentes para llenarse los bolsillos de oro y acaparar más poder —le respondí abriendo un paquete de galletitas dulces.

—Nuestro país ya ha expresado su condena a los hechos que han desencadenado el estado de máxima tensión…

—Nuestro país es muy pequeño y no puede hacer nada más que alardear en jerigonza diplomática. ¿Acaso dejaría de comerciar con gobiernos de moralidad cuestionable? ¿Acaso dejaría de realizar favorables negocios con países gobernados por psicópatas asesinos? ¿Podría oponerse a la histórica corriente de depredación, esclavitud, humillación y engaño? Mi amigo —dije bajando el volumen del televisor para ganar

la batalla—, nada va a cambiar: Unos ganarán y otros perderán; de este modo funciona la vida.

Así como vencí al tipejo del televisor, fui vencido por un tercer timbrazo, mucho más largo y atormentador que el anterior.

Cuando llegué al zaguán y abrí, me encontré con el señor T. Estaba acompañado por su madre.

....

Los hice pasar al living-comedor y, como ya estaba pronto, los invité a tomar el té, colocando los utensilios sobre la mesita, corriendo un poco los muebles para que nos pudiéramos servir con comodidad. Mientras la madre se sentó en uno de los sillones indicándole el otro a su hijo, hice lo propio en medio del sofá, dando inicio a la merienda, animando a mis contertulios para que me imitaran.

—Ah... —suspiró la madre, agregando la interjección a los ayes que había dejado escapar cuando atravesábamos la casa—. Creo que no somos merecedores de tantas atenciones. Vine a disculparme por la horrible conducta de mi hijo, y

usted nos recibe con tanta amabilidad.

—Descuide, señora. Usted discúlpeme, porque recibo pocas visitas, y tal vez mi trato no sea el correcto. Es que soy muy sencillo, y desconozco las normas —la preocupada mujer, que tendría unos sesenta años, me inspiraba piedad —. Sírvase una galletita. No son como las dibujan en el paquete, pero al menos hay cuatro o cinco de chocolate con relleno de crema.

Siguió mi consejo, y puso el ojo sobre su hijo que ya se había bajado del asiento, comenzando el recorrido de la estancia con una estantería de libros atrás de su madre.

—Tomás, vení para acá, y sentate como es debido. ¿Qué va a pensar el señor?

T. no hizo caso. Inspeccionó la estufa, se puso a abrir y cerrar los compartimentos del viejo mueble pasadiscos, hasta que descubrió en el televisor lo interesante que era cambiar de canal, para acercar y alejar la vista de la miríada de puntos que danzaban frenéticos al ritmo del ruido blanco.

—Déjelo señora, por favor. No me molesta. Créame que nunca

había visto una persona tan interesante como el señor T.

—¡Bah! No le haga caso —probó un sorbo de té—. Siempre anda con esas bobadas de cambiarse el nombre. Hay días en que está tranquilo, y pasa todo el día en casa entretenido con sus colecciones, pero a veces, no tiene mejor idea que “salir a recorrer el mundo” como él dice, que no es otra cosa que causar problemas y disgustos a los vecinos —mordisqueó una galletita para no ser descortés.

—No salgo mucho, quizás por eso no los había visto antes —el señor T. curioseaba en mi modesta biblioteca, pasando la mano por los lomos de los libros, como si fueran distintos pelajes de animalitos ordenados alfabéticamente.

—Nos mudamos hace poco —al verla roer su galletita, pensé en un hámster con lentes—. Creo que tantos cambios desfavorecieron su comportamiento.

En el extremo opuesto de la habitación, el hombrecito miraba hacia el fondo por la ventana, y sonreía saludando a sus amigos los enanos.

—Tomas, vení para acá de una vez. ¿Qué hablamos antes? —lo amonestó su madre.

—Ahora después voy.

—Tiene casi treinta años, pero tengo que estar vigilándolo como a un niño de seis… Vení, que ya no estoy en edad de andar corriendo tras criaturas.

Era verdad. Esa mujer enérgica pero de cara arrugada, cargaba una especie de cansancio disimulado, que hacía juego con su vestido bien planchado pero anacrónico, de un verde que por más esmero que pusiera en su limpieza, comenzaba a marchitarse.

En la otra esquina, el niño viejo se dejó caer dentro de un sillón con forma de cono, y desde allí, moviendo rítmicamente las piernas que no alcanzaban el suelo, nos observaba sonriente y expectante, sabiendo que nuestra conversación giraba en torno de él.

—Bueno… Me da trabajo pero lo quiero mucho. Eso sí, ante cualquier queja, por favor no dude en llamarme.

—Seguramente es un buen muchacho —sentí algo extraño al llamar “muchacho” a alguien que apenas tenía diez años menos que yo

—. Hay que tenerle un poco de paciencia.

El señor T. fue hasta el centro de la mesa oval, donde un florero exhibía mi mal gusto a la hora de reunir unas pocas flores obtenidas del jardín, que allí terminaban por perder sus pétalos. Pero no eran las rosas matizadas las que habían atraído la atención del hombrecillo travieso, sino el telegrama colacionado apostado sobre la base del florero, como el silencioso anfitrión de nuestra merienda. Le dio un manotazo y, tomándolo, fue a abrazar y a darle un beso a su madre, preguntándole luego:

—¿Qué es esto?

Minutos después, cuando mis visitantes se hubieron retirado, antes de devolverlo a su lugar junto al florero, releí bajo el nombre de mi ciudad y la fecha, estas breves líneas:

De acuerdo con lo dispuesto por el Artículo 24 del Decreto de Ley N° 14.416 y por el Decreto N° 241 / 69, se emplaza (aquí había dado un respingo al leer mi nombre) *a presentarse dentro del tercer día al desempeño de sus funciones o expresar motivos*

fundados de sus inasistencias, bajo apercibimiento de tenerlo por renunciante al cargo.

7

El maletín de cuero marrón, cerrado por una cinta con su hebilla y provisto de correa para poder colgárselo, se interponía entre mi plato de fideos con queso y el hombre del televisor. Haciendo un gran arco con sus cejas, decía que los índices de delincuencia habían ascendido abruptamente en el transcurso del último año, y lo confirmaba con una extensa lista de números y porcentajes, bajo diferentes rótulos del pillaje.

Pinché tres tirabuzones semolados que abandonaron humeantes a sus compañeros del plato hondo, y los acompañé con media galleta sin sal, que crujió al ser partida con mi dedo mayor, ayudado por el pulgar e índice que la sostenían.

El maletín sobre la mesa del comedor, pertenecía al señor T., que habiendo violado mi propiedad nuevamente, lo había dejado olvidado tras su visita. Mal ubicado, robaba el rostro del ministro del interior, quien frente a los micrófonos de los periodistas que lo

habían secuestrado en la vía pública, relativizaba los datos anunciados hacía instantes por el informativista.

Exquisitos, coloreados de fábrica con cúrcuma, se deslizaban por mi garganta gracias al aceite de oliva, después de ser masticados con delectación. Enfrente, encubiertas por el maletín del señor T., otras cosas menos gratas exigían ser tragadas: Por ejemplo, la mala calidad de la enseñanza, denunciada por el sindicato de docentes, caía en picada garantizando futuras generaciones de insensibles, acríticos e imbéciles, fácilmente gobernables.

Lamentablemente, el aceite iba quedando debajo, en el fondo del plato y, al no disponer de una rodaja de pan, tenía que resignarme a darlo por perdido. Al queso semiderretido, si le permitía enfriarse, se pegaría en la loza y sería difícil de removerlo, como a esos señores entronados en puestos estratégicos que dirigían el destino de la gente. Antes de dedicar la media hora restante al entretenimiento del fútbol, el joven de cejas expresivas movió sus labios como si con ellos tomara el peso a las palabras que

salían de su boca, y mencionó las carencias en el área de la salud, motivo por el cual interpelarían al ministro responsable en los próximos días.

Apagué el televisor. Levanté cubiertos y mantel y, cuando fui a correr el maletín hacia un lugar más apropiado, se produjo una leve corriente de aire que hizo que la esquela depositada sobre el florero de la mesa, volara desde allí hasta el piso con suaves movimientos de mariposa. Habrían gastado una suma considerable de dinero necesario para otras urgencias en enviarla a quien, rumbo a la cocina y con las manos llenas, la miraba como a una mosca muerta.

....

Previendo que la situación iba a llevarme más tiempo, cerré el gas de la hornalla que calentaría el agua para hervir los fideos de mi almuerzo.

El señor T., o el travieso Tomás, o el niño viejo con desórdenes mentales, me miraba desde el umbral de la cocina, atento a mis movimientos, sin atreverse a avanzar, cohibido por mi pregunta:

—¿No habíamos quedado en que llamarías antes de entrar?

Sus labios se movían sin pronunciar palabra, siguiendo quién sabe qué torrente de imbricados pensamientos.

—En fin… ¿Qué se te ofrece?

—Malhechor está tramando algo —señaló hacia el fondo.

—Malhechor… —después de unos segundos de perplejidad, agregué:— ¿Quién es Malhechor?

Tropezando con las palabras, consiguió articular:

—Es el enano de al lado —comenzó a caminar en dirección hacia el galpón, desde donde seguramente había llegado.

—Bien, bien —dije deteniéndolo y tomando el maletín que había traído consigo y le incomodaba—. Dejemos esto por aquí, y vayamos a investigar.

Mi respuesta le produjo euforia. Atravesamos el pasto que, con la lluvia, había crecido vigoroso.

—Pero antes que nada —señalé con la autoridad de una maestra pre-escolar—, guardamos cada cosa en su lugar. Así nos beneficiaremos de la limpieza y el orden —continué haciendo alusión a que deberíamos devolver los enanos

que él se había encargado de reunir en insólita cofradía, a sus antiguas y solitarias posiciones.

El señor T. en sus cortos miembros y reducida musculatura, poseía mucha más fuerza de la que hubiera imaginado, de modo que mi ayuda para afrontar las partes más rudas de la tarea, fue descartada con soberbios tirones por su cuenta. Hasta el miserable esperpento que había traído desde el galpón, fue devuelto entre mis felicitaciones, con un golpe de hombro como el del estibador que acostumbra apilar sacos de harina.

—De verdad que tenés recursos.

—¡Chist! —contestó a mi alabanza—. Escucho movimientos.

—Ah, sí…

—Sí —se agachó y mientras con una mano sostenía la señal de silencio, con la otra me ordenó reptar igual que él, hasta el boquete semicubierto por una enredadera, en la pared lindera con el fondo de la propiedad de mis difuntos vecinos.

Como dos soldados exploradores infiltrados en las líneas enemigas, nos apostamos contra el irregular redondel de cincuenta

centímetros de diámetro, desde donde podíamos espiar los imperceptibles movimientos de Malhechor, el enano de jardín de los Chalvet.

....

Encendí la pipa y, pagando al señor T. con la misma moneda, destrabé la hebilla y aflojé la correa que sujetaba su maletín, el cual se abrió como un libro misterioso.

El primer compartimento contenía una especie de álbum de figuritas compuesto sobre un cuaderno de hojas con renglones y márgenes, como el de cualquier escolar. Tras una portada de recortes de revista "El Gráfico", había una selección ideal de fútbol en formación 4-3-3, con bustos de leyendas de los mundiales disputados entre 1950 y 1982. El orden de los elegidos en ese lapso, nada tenía de sentido común. El único que conservaba la posición acertada era el arquero Dino Zoff, pues, por ejemplo, sus pares Schummacher y Filliol, ocupaban la delantera. Ningún jugador había escapado a la repetición de su nombre escrito con trazos feos pero

esmerados, como si la maestra hubiera mandado hacer planas en pos de mejorar la caligrafía. De este modo, aparte de los goleros, en dirección vertical pero sin invadir las imágenes de los demás deportistas, se undecuplicaban los nombres de Tichy, Trésor, Schiaffino, Bochini, Puskas, Gordillo, Metodiev y Kaltz.

En la página siguiente, diversos equipos sudamericanos habían sido agrupados según distintos patrones de colores de camisetas, acaso el director técnico fuera más hábil en la disciplina de la decoración de interiores.

Preguntándome qué nuevo disparate encontraría al tornar la hoja, encontré la respuesta en canchas impresas por una marca de golosinas, sobre las que jugadores ilustrados en acciones propias del deporte, habían sido transferidos para realizar danzas, acrobacias, o tácticas absurdas como la de amontonarse adentro del arco defendiéndose del rival.

Sin transiciones, en tinta azul, aparecían los presidentes de la República Oriental del Uruguay, extirpados de un viejo libro de historia, con la particularidad de

protegerse del sol con gafas dibujadas con lapicera negra. Las conspicuas figuras se enmarcaban en banderas, escudos y escarapelas de la patria, escapados milagrosamente de la caricaturización.

A los caros sentimientos nacionalistas, le seguían algunos automóviles de alta competición en plena faena, soportados por un gran logotipo de Bertone, surgiendo de un sol hecho con rayas de lápices con los colores del arco iris. Debajo, un enmarañado zoológico de escudos se hallaba en tremendo conflicto, y de las bestiales palizas, así como la Edad Media parió su hipogrifo, de los fabricantes de automóviles había surgido un híbrido de escorpión, caballo, garza, gallo, jaguar, león, otro caballo y serpiente.

Más adelante, como en una torre de Pisa pero aparte de inclinada, retorcida y monstruosa, se apilaban testas encasquetadas de famosos automovilistas, destacándose en la cumbre el casco rojo con la cabeza de Nikki Lauda embutida, cubierta con un pasamontañas.

Dos hojas se habían unido, para formar una pista con reminiscencias de algún circuito de Fórmula 1 hecho con fibra negra. Sobre ella corrían autos clásicos de distintos segmentos, que sorprendentemente respetaban la línea de la ruta y la perspectiva desde la cual habían sido fotografiados para imprimir las figuritas. En distorsionada calesita, giraban uno tras otro: Jaguar F, Matra Simca Bagheera, Maserati Indy 240, Lancia Stratos, BMW 525, Cadillac de Ville y Ford Taunus 2000.

Los cuatro compartimentos restantes, guardaban objetos no menos curiosos: dibujos con trazos de “fosforitos”; un juego de la oca, acompañado por el reglamento plagado de tachaduras, enmendaduras y sobreescrituras; fotos de Tomás con vistosos disfraces; y media docena de casetes cuyo contenido —de tenerlo—, me provocaba una gran inquietud por querer escucharlos, transformándose en indignación por no tener un aparato donde poder hacerlo.

8

El hombre de la radio, que repetía lo publicado en el periódico, me aconsejó que fuera más amable, y me comunicó que pronto sucedería algo importante en mi vida. Aunque no escuchó, le pregunté cómo era posible que a todo sagitariano le ocurriera lo mismo.

Levanté la taza de té que se había estado entibiando mientras atendía al obituario y al horóscopo, y la llevé a mis labios. Todavía estaba caliente. Enigmática, la pizarra del dólar bullía, se congelaba, retrocedía y volvía a los embates como un ebrio impredecible. Esto preocupaba a los endeudados en moneda norteamericana, y alegraba a los exportadores ajenos a las vicisitudes de la gente ordinaria.

—Seguramente —volví a hablar con el locutor—, habrá algún audaz barajando, repartiendo, y quedándose con los ases bajo la manga.

Me desentendí del sordo acompañante que con sus chismes comenzaba a incordiar la mañana, y

me entretuve con el sobre con las fotos en el maletín olvidado del señor T.

La falta de nitidez, no permitía ver si al fondo había un cuadro o un espejo. Delante del sofá de tres cuerpos flanqueado por dos bonitas veladoras orientales, saludaba Tomás con una mano abierta, ocultando la otra. Su indumentaria se componía de pantalón de vestir gris con camisa de manga larga a cuadros, coronado por una vincha de plumas multicolores al estilo de un indio piel roja. Atrás, escrito con lapicera azul, decía: “Chau”.

La segunda foto estaba tomada desde abajo, quizás por él mismo, apoyando la máquina sobre el ombligo, mirándola a través de gafas marrones. Esgrimía un gesto de superioridad o desdén, incrementado por el sobretodo, el chaleco y la corbata, como un mafioso cinematográfico escuchando a un súbdito de poca monta. Halo celeste y blanco de cielo y nubes, resaltaba el aire de estar por encima de los mortales.

La construcción de una escuela que quedaría inaugurada para el siguiente período lectivo, me devolvió al parlante de la radio que

se saturaba con los agudos, y al sorbo del té donde flotaba media rodaja de limón.

—Muy bien —aplaudí la iniciativa—. Ahora falta que enseñen cosas útiles, como buenos modales.

La voz de la ministra de educación y cultura, que parecía salir por un tubo de lata gorgoteante, fue truncada por la del locutor quien, compungido, dio la noticia de última hora, acerca de un terrible accidente ferroviario acaecido en Japón. Se sumaban decenas de muertos, y la cifra seguía aumentando, como si fuera un renglón más en las pizarras de las casas cambiarias.

En la fotografía siguiente, Tomás debía tener unos cuatro años de edad, y estaba parado sobre una vereda bañada de sol. Sus piernitas, de short y sandalias, mostraban rodillas moreteadas; una camiseta de Peñarol le cubría el torso; en la cintura portaba canana con revólver de cowboy, sus manos sostenían una ametralladora en actitud amenazante; sonreía hacia la cámara, orgulloso de su porte.

En la última, ya había crecido veinte años; la misma sonrisa se había mudado a un rostro regordete

donde destacaba su estrabismo. El fondo lo ocupaba una ciudad al atardecer, justo cuando los detalles se integran en las siluetas, como la del edificio que junto a las nubes azuladas, iban apagando al sol antes de hora.

El hombre de la radio dijo que para mañana, se preveía la visita a nuestra ciudad, de uno de los candidatos presidenciables más populares.

—¡Qué bien! —hablé más fuerte que el altavoz—. Ya no se conforman con invadir radio y televisión; ahora se pasearán orondos por las calles…

Un tintineo persistente ahogó mi queja. Sonriente, en el umbral de la sala de estar, con la mano en alto, el señor T. agitaba un conjunto de llaves, haciéndome un guiño cómplice.

…………

El señor T. extrajo cuatro aves de corral, que habrían pertenecido a una granja para armar. Devolvió dos al compartimento, y en su lugar puso un dado blanco con puntos negros. De allí mismo, sacó el cartón plegado del juego de la oca, el cual,

a juzgar por los colores y dibujos que enmarcaban y confluían en una espiral de sesenta y ocho casillas, debió haberse fabricado en los cuarenta. Al desplegarlo, cayó el ajado papel con las reglas, exhibiendo misterioso sus tachas y enmiendas.

A mi amigo no le había molestado que hubiera estado husmeando entre sus pertenencias. Antes bien, cuando apareció por la mañana mientras yo perdía el tiempo escuchando el noticiero, al ver que allí se encontraba el maletín olvidado, se apresuró a mostrarme los objetos que atesoraba. Complacido, me explicó detalladamente el significado de los dibujos realizados en hojas de garbanzo, cuyo estilo, como artista original autocalificado, se encargó en llamar “fosforismo”. Innegablemente, los trazos hacían pensar en fosforitos.

En el primero de los cinco dibujos, no era difícil adivinar una madre de pies redondos y manos en ramas más grandes que su cabeza, jugando a la pelota con un niño de pies en “L” y manos triangulares. En el momento, al cuadro lo nombró “Mamita”. En el siguiente, un militar

llamado Capitán Trueno, sostenía la “L” de un revólver que también podía ser matraca. Tenía poderes mágicos sobre un ejército de enanos sin brazos que lo seguía. Tal vez, el Capitán Trueno era un alter ego inspirado en el flautista de Hamelin. El tercero se caracterizaba por derrochar elementos “fosforitas” en un caos que T., como crítico de arte, fue elucidando, otorgándole con sus explicaciones tartamudas, el sentido de una plaza pública con sus palomas, árboles y bancos, alumbrados por un sol circunvolucionante que atraía peces voladores. Sostenía que muchas veces, los peces voladores eran confundidos con simples pájaros. La atención del espectador podía bifurcarse entre la iglesia del fondo, con una cruz inclinada a punto de caerse; o la madre y el niño que, con bastante esfuerzo imaginativo, podían estar hablando de algo importante, o dándole migajas a las palomas. La cuarta obra se trataba de un autorretrato y comparándola con las anteriores, parecía haberle exigido mucha más precisión y dedicación al inefable artista. El círculo de la cabeza le había salido bastante prolijo, no así el pelo hecho

con una lluvia de rayas en cuatro direcciones; en el mismo eje, se hallaban dos maníes por orejas y dos ojos salidos de sus cuencos; más abajo, un punto y una “x” oficiaban de orificios nasales; la boca era el símbolo matemático “=” que encerraba la palabra “LUU” equivalente a los dientes, más una “V” que sin salirse de la base del redondel, sacaba la lengua. El último dibujo llenó de orgullo a mi amigo, que lo consideraba su obra maestra, el non plus ultra del “fosforitismo” en su corriente bélica: Una lámina recortada de una revista de armas de fuego, exhibía minuciosamente una pistola Heckler und Koch de 9 mm; al lado, la representación resuelta en ocho líneas poco se parecía a una réplica, pero para el creador era exacta, pues tomaba el espíritu desde donde había sido impresa. Decía que si se tocaba el papel, se podían sentir los impulsos homicidas de la terrible arma.

—Está bien, señor T.; me reservo otras opiniones, pero tu arte debería llamarse “elelismo”, porque más que fosforitos, yo veo eles —le había dicho cerrando el tema y el maletín, invitándole para que

volviera por la tarde, a disputar una partida de oca.

Y allí estábamos, con las piezas listas, frente a frente sobre la mesa del comedor.

Me incliné sobre el cartón para sentir el aroma antiguo. Seguramente, aquella reliquia habría estado absorbiendo épocas pasadas, y quién sabe qué miradas expectantes, qué dedos de jugadores entusiastas o aburridos…

—Bueno, ¡a jugar! —me apuró el señor T.—. El que saca 6 empieza.

Al principio se produjo una singularidad desconcertante. Hasta la cuarta tirada de dados, fue idéntica para ambos la sucesión 2-4-2-5, y recién a la quinta se despegaron nuestras suertes para que cada cual siguiera su destino. Todavía faltaron seis lanzamientos, hasta que T. obtuvo el 6 que le otorgó el primer turno. Un 4 lo puso en casilla neutral, mientras un 3 me devolvió al inicio, porque según el reglamento adulterado “el pato furioso no deja pasar a nadie”. Tras 2 y 5 respectivamente, la inversión en 5 y 2 puso a mi oponente en la casilla 12. No pudo avanzar. Tuvo que guardar las ocas, las cuales comían granos dados por una niña

rubia de vestido rojo y delantal blanco, con aspecto de obediente. Pero pronto la suerte le favoreció, ya que en el cuadro 21, las ocas habían salido volando por el cielo turquesa, y llegaban al corral en el 24. Apenas dos turnos más tarde, la partida tomó un cariz trágico cuando mi mala estrella me entregó al 27, ilustrado con un muñeco mofletudo de ridículo peinado, sentado a la mesa con babero, tenedor y cuchillo en mano, frente a un plato con una enorme oca asada. En la hoja de reglamento, una enmienda rezaba: “Un niño come oca envenenada y muere. Pierde la partida.”

—¡Ganaste! —gritó enfurruñado el señor T., trocando el resultado.

Sin hacerle mucho caso, me puse a ver el resto de las enmiendas. En el casillero 15, en medio de la campiña, unos muchachitos contemplaban con estupor una oca aplastada contra la hierba. Aunque evidentemente estaba muerta, los garabatos encima de la regla original, daban a entender: “La oca resucita y gana la partida”. El 33 resultaba morboso con una zorra que había saltado y atrapado una

oca por el ala. Se adivinaba el fin del animal que chillaba desesperado, sin embargo, la línea original afirmaba: “Ha vendido una oca gruesa y puede adelantarse dos campos o números”. T. había agregado al punto final: “PAF”. Entre los ganchos, se advertía que habían oraciones escritas con letras diferentes, así que pregunté:

—¿Quién te ayudó a escribir las reglas?

—Fue mamá —contestó después de rascarse la cabeza.

“La oca muerde al pequeño Juanito en la pierna y retrocede al nº 37.”, se leía por debajo de las rayas; en tanto al costado se sustituía con “La oca muerde a Juanito. Amputar pierna. Retrocede 10.” Era difícil imaginar a la dulce anciana escribiendo frases tan siniestras.

—¿En serio?

—Sí, mamita.

En el 54, a modo de dios Pan, una criatura de vestido rojo y sombrero atravesado por una pluma, tocaba la flauta sentado sobre un tronco con una pierna cruzada, para una oca que lo miraba extasiada. “Tim Tang y su melodía. Todos escuchan menos él. Pierde dos turnos.” Al fin, la línea 68 tenía un

papel pegado que imposibilitaba enterarse de la correspondencia con un cuadro bucólico en el que los ánsares llegaban volando al costado de una cabaña, donde una familia conformada por la madre, cuatro niñas y un niño con cara de marciano, cosechaban verduras cargándolas en cestas.

—Ganaste —repitió T. abandonando su asiento, recorriendo la estancia como cuando había venido a visitarme junto a su madre.

—Señor T., el cometido del juego es llegar hasta la casilla final. Yo tuve la mala suerte de caer en un número que me descalificaba de la competencia —comencé a explicarle.

Se puso a mirar y acariciar los libros, con el ceño fruncido, como si mis palabras fuesen un zumbido molesto.

—Claro está que las reglas han sido modificadas arbitrariamente. Tal vez, si el juego no hubiese sido adulterado, aún estaríamos compitiendo…

T. volvió hacia mí con la respuesta a mi incipiente perorata en su mano, bajo la forma de un libro de tapas rojas cuyo autor figuraba en letras negras y su título,

mucho más grande, en blancas: “Graham Greene. EL QUE PIERDE GANA.”

…………

Esa noche tuve pesadillas. Me revolvía en la cama intentando recuperar la tranquilidad de mi sueño habitual, pero a cada vuelta se incrementaba la secuencia de imágenes que daban cuenta de lo acontecido durante la mañana del día anterior. Aquello había operado subrepticiamente antes de aflorar en la conciencia, aunque cada vez más distorsionado, como si las propias figuras fueran tejiendo una nueva y alucinada realidad.

Allí estábamos los dos, hincados sobre el suelo polvoriento, rodeados por barricas repletas de objetos oxidados y mohosos, espiando a través del boquete en la pared. El fondo de los Chalvet se mantenía prolijo, aunque la muerte del dueño de casa y la lluvia abundante, habían actuado a favor de las gramíneas que avanzaban sobre el camino. Éste era una “L” que unía el patio trasero con el garaje. Pero el señor T. no me había llevado hasta allí para contemplar la

bonita veranda, ni los árboles frutales con troncos pintados de cal, ni los agapantos a los costados del segmento de la “L” que terminaba en el garaje, con su propia vereda que llegaría hasta el portón exterior. Rodeado por soberbias rosas que parecían coronarlo como rey del jardín, enfundado en sus botitas negras y pantalón rojo, con su casaca celeste donde se apoyaba la barba blanca como un babero, con bonete de igual color al del pantalón, sosteniendo una florida maceta en el brazo derecho que al igual que el camino formaba otra “L”; así como lo observábamos, hacía lo propio con nosotros el astuto Malhechor.

Había estado mirando una película, y ahora en la cama, escuchaba un tintineo pertinaz, como el producido por el caballero apoyado sobre la barra de un bar, que contemplaba decenas de botellas con lindas etiquetas y líquidos multicolores, y agitaba su vaso de whisky con cubos de hielo en el televisor. El repique se hacía cada vez más insistente, hasta convertirse en un dedo impertinente pulsando el botón de un timbre, que logró despertarme dando

manotazos, hasta encontrar el interruptor de la veladora.

La casa estaba muda. Ningún timbre había sonado más que en mi imaginación. La cálida luz de la bombilla a través de una pantalla carmesí, que suavizaba la frialdad de un cuarto solitario, iluminaba el llavero que T. me había entregado triunfal. En la parte superior de la medalla negra, se leía con mayúsculas doradas: “R. I. N° 8 ‘Heroica’”; en la inferior: “Gloria del Ejército”; y en el centro, sobre el año 1830, así como los piratas disponían la calavera y los huesos, aquí se representaban un casco con el 8 en rojo y dos bayonetas cruzadas. Cuatro llaves encerradas por un aro, y unidas a la medalla por un cordón, habían estado cascabeleando en mis sueños.

Apagué la luz y, aunque hubiera preferido caer lenta y confortablemente sobre la almohada, volví a agazaparme detrás del boquete. En el punto convexo de la “L”, el enano a quien T. había bautizado con el sugerente nombre de Malhechor, parecía sonreír. El silencio había adquirido consistencia material, no se percibía la más leve brisa, mi compañero de

espionaje permanecía inmóvil, aunque sus labios se articulaban emitiendo palabras insonoras. En el instante en que mis ojos se posaron sobre los de Malhechor, la lengua del señor T. se abrió paso en la pausa suspendida, y de su boca brotó un susurro que descubría la verdad sobre el enano:

—Se mueve.

La planta en la maceta sostenida por el brazo de cemento se había agitado, y no por causa del viento.

Encendí la luz, y ésta me trajo el desierto aseado y ordenado de mi dormitorio. Flotaba la sensación de algo roto.

Tomé el llavero, y fui recorriendo entre mis dedos las cuatro llaves, como el sargento que pasa revista a su pelotón. Pensamientos confusos surcaron mi mente, mientras apagaba la luz dispuesto a dormir, o a entregarme al dislate del boquete. Luego, ya no estuve seguro de en dónde me hallaba, o si lo que sostenía mi conciencia era la realidad. Se escuchaban claramente ruidos fuera del dormitorio, como pasitos de unas botas de cemento. Tal vez, era yo la tercera persona que observaba a un

hombre que había abandonado su trabajo, y que junto a su nuevo amigo un disminuido mental, espiaban la vida oculta de un enano de jardín. O quizás, lo único real fuera el transmutado rostro gris del perverso adorno que se sacudía entre las rosas de los Chalvet, y que se expresaba enérgicamente con su voz cascada, como el graznido de un pájaro de mal agüero:

—No eres más que un individuo excluido. No tienes valor ni sentido. Hagas lo que hagas, da lo mismo.

"Las personas te rechazarán, te señalarán y murmurarán a tus espaldas, burlándose de tus extravagancias.

"A tu edad y con la actitud que has tomado, no volverás a conseguir trabajo en tu vida. Pronto serás un estorbo, una carga para el Estado, que ya no se podrá enriquecer gracias a tu esfuerzo. Buscarán la forma de utilizarte como un número incluido en la beneficencia social para poder desviar fondos, o serás eliminado…

"No hay escapatoria. La única dignidad que se te ha reservado, es la de entregarte a una vida criminal. Romper las reglas. Violar la Ley.

Practicar el mal por el mal, y disfrutar del rédito que causa el desastre.”

Antes de estallar en satánicas carcajadas, así había hablado Malhechor.

9

Como habíamos acordado, esa mañana vino Tomás, bajo el seudónimo de Capitán Trueno, a jugar la revancha. En honor a su costumbre, apareció sin aviso en la sala de estar. Mientras desdoblaba el cartón y colocaba las piezas encima, le dije:

—Capitán, guarde eso para más tarde, porque nos espera una vida llena de aventuras.

—¿Qué aventuras? —preguntó muy sorprendido y no menos interesado.

Chalvet, como buen militar, no habría escatimado hasta las más rebuscadas prevenciones. Sin dudas, las cuatro llaves que el señor T. había descubierto escondidas en la maceta de Malhechor, servían respectivamente para encender el Impala, quitar el tapón del tanque de combustible, abrir el garaje donde estaba guardado, y salir por el portón hacia la calle. Sacudí el llavero.

—¡Excelente! —clamó su perpetua ronquera.

Guardó el juego en el compartimento correspondiente, y cerró el maletín con el cinto, colgándoselo al hombro por la correa.

Debíamos actuar rápido. La falta de un plan premeditado, no fue óbice para que Trueno siguiera mis órdenes en el instante en que se me ocurrían. Comenzamos por colarnos por el boquete.

Pese a estar a un muro de distancia, mi irrupción en el terreno vecino me produjo la sensación de estar lejos de casa, como si el fondo de los Chalvet fuera un país extraño. Evidentemente, Trueno se sentía muy a gusto en su habituada tarea de violar propiedades privadas.

Ante la mirada impávida de Malhechor, que la noche anterior me había torturado y sin embargo ninguna queja tenía ante nuestra irrupción en sus dominios, desarmé el juego de llaves en dos partes. Obtuve un par para las puertas y otro para el automóvil. A su vez, del primer conjunto extraje la del portón exterior y se la entregué a Trueno con la instrucción de agilizar nuestra salida de la casa.

Dos giros a la derecha con la llave sobrante, destrabaron la

puerta corrediza del garaje, donde dormía el Impala como un pájaro azul plateado en su oscuro nido.

El interior del automóvil abrigaba su propio aroma, donde resaltaba el cuero, como si el fantasma del señor Chalvet apareciera todas las noches y lo repasara con su caja de pomadas y franelas.

Pisé el acelerador varias veces para bombear combustible, di toma de aire, e hice contacto con mi llave de la cual pendía su compañera y la medalla del batallón de infantería. El motor emitió una tos seca, y arrancó como si mi vecino recién lo hubiera estacionado. Me llevó algo de tiempo y apagadas encontrar las distintas marchas, pero al fin pude retroceder con un rugido glorioso, por la senda que llevaba hacia el portón de calle. Sin embargo, como suele suceder en las maniobras donde interviene más de una persona, alguien no había cumplido con su parte.

A mi izquierda, en la “L” de rosas, el Capitán Trueno había sido hipnotizado por el cuidador del jardín y, en el momento que di un bocinazo para llamar su atención,

dejó caer el maletín como única respuesta.

No podíamos permitirnos demoras, así que me bajé raudo, y fui hasta el sitio donde Malhechor sometía a Trueno. Sin mediar palabra lo tomé del brazo, con mi mano libre recogí el maletín y le propiné un puntapié al enano de jardín, que quedó tendido de espaldas bajo su arco de rosas.

—Malhechor dice cosas malas —murmuró Trueno después de haberlo puesto en el asiento del acompañante y terminado por cuenta propia la tarea encomendada.

—No importa, Capitán —repliqué—. Vámonos ya, que la aventura nos espera.

....

Bajamos del Impala, y corrí tras Tomás. Impedí que cruzara peligrosamente hacia el cantero central de la avenida. Como antes había quedado fascinado por los enanos de jardín, ahora su atención se enfocaba en el monumento a la Loba.

Rómulo y Remo en cuclillas, los brazos abiertos cual santos

dando gracias al cielo, luchaban por erguirse sobre sus piernitas intentando atrapar alguno de los cuatro pares de tetas rebosantes.

—Rémulo y Romo. Y la Lóbula —los rebautizó Tomás, dando la vuelta al alto pedestal para que los allí representados no nos dieran la espalda.

Impedido por su baja estatura, me pidió que le aupara. Luperca siguió con la boca abierta mirando en lontananza, quizás abstraída en cuestiones divinas, quizás harta de los cachorros humanos que la succionaban hasta hacerle resaltar las costillas.

—Loba triste —sentenció volviendo a poner los pies sobre el césped del angosto cantero.

Habíamos llegado hasta ese destino de curiosa manera, e iniciábamos un temprano retorno al paso del peatón que se entretiene observando el paisaje cotidiano.

Al doblar la primera esquina, y después de conminarlo a que se tranquilizara después de tocar y revolverlo todo, mi copiloto eligió uno de los seis casetes de su maletín y lo introdujo en el pasacasete.

—Muy bien, Capitán Trueno. No había pensado que éste era el

mejor sitio en donde encontrar un trasto tan viejo.

—¡Chist! Vamos a escuchar —se colocó solemne sus gafas de sol—. La música —reclinó la espalda sobre el asiento—. La música de Tim Tang.

En vez de música, por los parlantes bajo los paneles de las puertas, se escuchó el “clac” característico del inicio de una grabación casera, correspondiente a la pulsación conjunta de las teclas “REC” y “PLAY” de un radiograbador de baja calidad.

A lo lejos, una radio zumbona anunciaba ofertas de comercios barriales, coreado por una confusión de ollas y utensilios de cocina.

—No me estarás grabando, ¿no? —reconocí la voz de la madre de Tomás.

—No, mamá.

Un cuchillo picaba algo sobre una tabla, y el aire era bombardeado por una serie de avisos ininteligibles.

—Pucha. Esto nunca prende… Encima los fósforos húmedos… A ver, Tomás, alcanzame de la mesita la caja de fósforos nueva.

—Voy, mamá.

Las patas de una silla de madera chirriaron arrastrándose sobre el suelo, y unos pies corrieron para volver con las cerillas.

—¡Hágase el fuego! —exclamó Tomás, y un fósforo estalló perezoso al lado del micrófono.

—Dejá de jugar y traeme acá. Ahora sí te voy a hacer una rica polenta con cebolla y morrón.

—Aaaah. No me gusta.

—Y te la vas a comer.

La radio había cortado la tanda publicitaria, y una locutora concedía el pedido de un oyente.

—¡Ay!, nene, mirá qué tango —sonó un acorde introductorio.

La madre aclaró su garganta dejando pasar los primeros versos escritos por Lepera, y cantó a dúo con Gardel.

—*van marcando mi retorno*

Son las mismas que alumbraron

Tomás empezó a tañer el toc-toc de su dedo sobre el micrófono.

—*Siempre se vuelve*

al primer amor

Siguieron unos impertinentes toc-toc, al tiempo que la anciana se preguntaba:

—¿Dice “suya es su vida” o “tuya es su vida”? —picaba la

cebolla y el morrón mientras se calentaba el aceite.

Tomás acercaba la boca al micrófono provocando la saturación del parlante, y como el efecto le produjo gracia, se puso a jugar acercando y alejando su improvisado instrumento.

—Dejate de embromar con eso. ¡Qué precioso! —acompañó tarareando la melodía, mientras Gardel continuaba en solitario—:

—*Sentir, que es un soplo la vida*

que veinte años no es nada

Los vegetales cayeron en el sartén, y se frieron con sonido de lluvia sobre chapas de cinc.

A la saturación, Tomás le agregó una entonación inspirada en cantos tibetanos, que se consolidaron con un "OM".

—*Oooo…*

—*Tengo miedo del encuentro*

con el pasado que vuelve

—*Mmmm*

—¡Ay! Callate Tomás. Pero estos tarados ya la cortaron.

Sin negociar con el cantor, la radio inició una nueva tanda publicitaria, y se escuchó la tecla de "STOP".

De lejos y visto al pasar, el cantero cubierto de gramilla con árboles de pequeño porte plantados cada pocos metros, parecía una alfombra lisa que invitaba a ser recorrida; pero caminándola de la mano de Tomás, quien se distraía a cada instante, descubríamos a los tumbos infinidad de huecos e irregularidades. Al pedirle que cruzáramos hacia alguna de las veredas, donde sólo tendríamos que cuidarnos de baldosas flojas y no de pozos y automóviles veloces pasándonos por los costados, se negó:

—Nunca estuve en este país.

A ese país rodeado por añosos plátanos, con buena proporción de comercios de varios ramos y a sólo unas cuantas cuadras de nuestras casas, habíamos estado transitándolo en el Impala, escuchando música experimental de Tim Tang.

Quise inquirir acerca de la obra musical registrada en el casete. Como los niños ociosos, ajeno a las excentricidades que surgían de los parlantes, Tim Tang se entretenía apuntando con su pistola de juguete a través de la ventanilla baja, a los despreocupados transeúntes de la

avenida. Sin embargo, había algo que no encajaba en la escena, algo tan raro como lo que se escuchaba en la cinta, que seguía girando y emitiendo ruidos de diferentes bandas de onda corta, arrancados por un dial yendo y viniendo por el espectro, a guisa de nueva canción. ¡No era una pistola de juguete! En sus manos, el músico vanguardista Tim Tang, sostenía una Beretta 7.65, bien cuidada, seguramente lustrada hasta los últimos días por su dueño el señor Chalvet, y que podría ser letal en cualquier momento.

Con el corazón en la boca y un movimiento desesperado, le quité el arma y la metí en el maletín del cual ya no me aparté. Prendí el señalero de la derecha, y aparqué lo mejor que pude. Apagué el motor y di por concluido el paseo.

—¿De dónde la sacaste? —pregunté una vez repuesto.

—De ahí —se apresuró a indicar la guantera, con una naturalidad que me dejó pasmado.

Los bocinazos y vocinglería me quitaron de confusas cavilaciones, y me sumieron en una algarabía ajena. Tomás se puso a saludar entusiasta a la caravana que había copado la avenida. Bicicletas,

motocicletas, automóviles y camionetas con sus cajas repletas de gente, daban vivas y sacudían banderas de uno de los partidos políticos favoritos. Todos abrían paso a un ómnibus interdepartamental, a través de cuyo parabrisas se erigía con alegre semblante el hombre de Estado que, según las encuestas más serias, posiblemente se convertiría en nuestro próximo presidente.

—Tomás, mirá quién es.

Pero mi compañero no me escuchaba. Saludaba y lo saludaban, como si fuera amigo de aquella inmensa masa de alborotados desconocidos.

De las calles transversales, iban confluyendo más vehículos. La suma de cientos de bocinas componía una orquesta más demencial que las chifladuras contenidas en el casete de Tim Tang. Unas cuadras más adelante, un ingente embotellamiento nos conduciría al epicentro de la ciudad, donde tal vez se pronunciaría un discurso memorable.

....

En ese caso, el transporte pedestre era mucho más eficiente. Entre el enjambre de bocinazos, vivas y motores recalentados, envueltos en una nube de humos de escape, nos condujimos con no tanta dificultad hasta llegar al centro de la ciudad, donde se conglomeraban los devotos.

Todas las caras sonreían. Se respiraba entusiasmo y alegría, confundidos en un mar de ingenuidad que el carismático líder sabía capitalizar. Había contagiosas ganas de aplaudir cada respuesta que el futuro presidente otorgaba a quienes ansiosos preguntaban. En breves frases estratégicamente cargadas de emoción, solucionaba problemas de empleo, salud y educación. Enmarcada de vítores, la sencillez del hombre que había dejado el saco en el ómnibus arrojándose al tibio oleaje de gente que lo abrazaba, lograba el éxtasis.

Escapando al encanto, miré hacia un fresco y despejado cielo de octubre, los edificios con sus balcones donde algún vecino contemplaba la euforia de los demás, los semáforos que nadie obedecía, las cabezas de las personas como si fueran cuentas de

un abigarrado collar. No veía guardaespaldas. Estarían camuflados entre la multitud, o en esta modesta ciudad de este pequeño y pacífico país, aún no existían intrigantes o dementes que quisieran atentar contra un candidato presidencial.

Un pensamiento comenzó a crecer, al tiempo que la mano de Tomás se escurría de la mía, perdiéndose en una de las correntadas del amontonamiento. Era una conocida voz socarrona: "¿Qué tal si abres el maletín, y buscas lo último que guardaste?" Eran las sugestivas palabras de quien había pronunciado un malvado discurso en la noche pesadillesca. Sobre mi frente nacieron puntitos de sudor. "¡Y zas!", exclamó Malhechor, junto al grito ronco de mi amigo arrastrado por la corriente humana que seguía al ídolo.

Cerré los ojos por unos instantes, y la voz se transformó en la imagen vista a través del boquete en la pared. En vez de llevar traje de fajina y bonete, el enano de jardín vestía frac y galera. Su rostro parecía una luna blanquísima, una ceja se alzaba con picardía, y sus

labios apenas contenían la risa de un demonio. Una mano continuaba apoyada en la cintura, pero la que antes se encargaba de sostener la maceta, ahora mostraba tres cartas malditas, donde se había barajado mi destino. Tres cartas que no admitían combinaciones posibles. Sólo una debía ser jugada.

Pensé en el libro que el señor T. había escogido en mi biblioteca: "El que Pierde Gana". Tal vez en un juego rebuscado, aquel título aplicaba, pero en la realidad, que todo lo mira con su misma cara de piedra, nunca se gana.

Abrí lentamente los ojos, dispuesto a escoger. Podía intentar matar al futuro presidente. O podía buscar a Tomás y devolverlo a su madre, el Impala a su cochera, y el trabajo a mi vida. O podía volver a casa solo, descansar, y esperar a que algo sucediera. Lo único seguro, era que cada instante que desplazaba al anterior, era igual, aunque en un lento pero permanente camino a la ruina.

10

Hay ideas que no se pueden dejar crecer, porque encuentran cabida en juegos nefastos, aún sin reglas ni jugadores. Tal vez, el solitario participante de la ruleta rusa, no se plantea ofrecer su sien a una bala, hasta que toca las cachas del revólver, y un dulce susurro le tienta para que aproxime el caño a la cabeza. Y luego un poco más, lenta, imperceptiblemente, hasta que sale el fogonazo.

Mantuve el maletín cerrado, y me limité a observar el cráneo semipelado del futuro presidente. La piel tenía manchas de viejo, y por alguna ignota asociación de ideas, me hacía pensar en un loro mojado. Me animé a aflojar las cuerdas que me sujetaban a la realidad, y trasladé al hombre regio hacia un mundo caricaturesco. Resultaba divertido sacarle la cabeza como a un títere, pasearla girando sonriente, sobrevolando la multitud. Hasta que me aburrí, y se la volví a pegar sobre los hombros.

Sabía que había llegado demasiado lejos, y no sólo con mi

fantasía. Quien se pregunta por las consecuencias de sus actos, tiene algo que perder. Ese “algo” podría ser la razón, y ésta, para mí, seguía siendo valiosa. Al reajustar las cuerdas y mantenerme firme, el funesto plan se desbarataba. Bastaba una pregunta: ¿Cómo podía herir a quien no me había hecho nada?

Creo que desde el principio, nunca tomé en serio la posibilidad de matar al futuro presidente, por más que tuviera una pistola al alcance de la mano y no hubiera guardaespaldas.

....

La gente era un mar bravío. Cada tanto, un náufrago sonriente saludaba entre sus olas. A Tomás no le importaba estar perdido, o, viviendo en cada instante, le era imposible perderse. Posiblemente fuera un hombrecito feliz subido a los techos, jugando con los enanos, mostrándome sus creaciones o sumergiéndose en la multitud. Quizás, de modo natural, era consciente de algo que yo nunca sabría. Le tuve un poco de envidia, porque ese velo que en él no existía,

jamás se descorrería para mí. Pensé en abandonarlo, así como él me había abandonado. Pero una fuerza interior me hizo avanzar dando brazadas y codazos, hasta rescatar a quien ningún socorro pedía.

Como un niño que se obstina en seguir paseándose entre las hamacas de un parque, tuve que forcejear con él para poder llevármelo.

—¡Vamos, Tomás! Tu madre ha de estar preocupada —le grité al oído.

—¡Mamita! —su rostro se demudó en pánico.

El regreso fue más fácil y silencioso, cada cual sumido en sus meditaciones.

Cuando llegamos, el color del día había cambiado, pero había algo más, como si el interior de las cosas también hubiera cambiado de tono. Precipitado fue el inicio del periplo, breves sus peripecias, y tampoco quise detenerme demasiado en el final. Convencí a mi amigo de realizar un pacto solemne, en el que jurábamos no contar nada a nadie sobre nuestra improvisada aventura. Antes de devolverlo a su hogar, le colgué el maletín sin la pistola y le dije:

—Capitán Trueno, debo ausentarme durante algún tiempo. Prométame que cuidará bien de mis enanos.

…………

Los insectos xilófagos son de diversos tamaños, como si obedecieran a jerarquías militares. En general sus aspectos me resultan amenazantes, cuando no repugnantes. Si yo fuera un árbol, esos animales serían el trabajo.

Siempre odié tener una obligación laboral. Es lo que agosta la plenitud de un hombre. Me había rebelado en contra de lo que condena a la persona a la insipidez de sus facultades, al embrutecimiento, sumisión e irracionalidad. Apartándome de tanta insensatez, había dado la primera batalla renunciando a seguir peleando, y la segunda disponiéndome a descansar. Descansar… Por disparatado que fuera, me parecía que la maquinaria del universo, con sus leyes archisecretas, de inmediato había accionado sus sofisticados mecanismos para castigar al disidente. El descansador estaba

identificado, y los agentes invisibles operaban para arrinconarme, volverme a poner en mi sitio, o eliminarme. ¿Pero hasta dónde el disparate es tal, sólo porque no se pueda comprobar su veracidad?

Observando la pistola sobre la mesa del comedor, pensé en muchas cosas. Hay ideas que pasan fugaces, y uno cree comprender la importancia que conllevan, pero cuando trata de desarrollarlas, se esfuman dejándonos una sensación de perpetua ignorancia. Si pudiera concatenarlas en una oración, estoy seguro de que sería un epigrama célebre capaz de derrotar al déspota, al innombrable, al ingeniero que mueve los hilos, que da el aliento para que Malhechor hable, o que muestre sus tres cartas malditas. ¿Cómo evitar escoger una? ¿Cómo alterar el destino si no existen los medios para hacerlo? ¿Cómo ganar en un juego cuyo inventor tacha y reescribe sus propias reglas?

Aunque no era de las especiales que parecen decirlo todo y no dicen nada, se me ocurrió una idea. No esperaría el acontecer. Simularía escoger, para cambiar o inventar un nuevo curso en el último

instante y sin ninguna razón, acaso así pudiera confundir el rastro, marear al sabueso, y hasta volverlo en contra de su amo.

—Si descansar no es posible, rendirse tampoco —acaricié las llaves en el bolsillo y, por si acaso, me guardé la pistola antes de abandonar la casa.

El Impala aún me esperaría en la calle, que a esa hora se habría librado de lunáticos. Un coche anticuado, aparte de robado, que sin el lustre y los cuidados del señor Chalvet, podría ser el más adecuado. En mi frondosa imaginación, vi que un pavo real abría su cola de infinitas plumas, invitándome a que escogiera la que me viniera en gana, entre preciosas incertidumbres.